

LA OTRA BIOGRAFIA DE

CHARLES CHAPLIN

por Adolfo Marsillach



—Mister Chaplin, ¿a qué va usted a Europa?

—A tomarme unas vacaciones.

—¿Trabaja usted allí en alguna película?

—No.

—¿Qué hace usted con sus bigotes cuando se ponen viejos?

—Los tiro.

—¿Qué hace usted con sus bastones viejos?

—Los tiro.

—¿Qué hace usted con sus zapatos viejos?

—Los tiro.

Era septiembre del año 1921, en Nueva York, cuando Charles Spencer Chaplin regresaba a Europa por primera vez.

—Mister Chaplin, ¿piensa usted volver a casarse?

—Sí.

—¿Con quién?

—No lo sé.

Su matrimonio con Mildred Harris había sido un fracaso. El fallo del tribunal encargado de su divorcio, le obligó a pagar doscientos mil dólares de indemnización. Algo menos de lo que, seis años más tarde, tendría que pagarle a Lita Grey por el mismo motivo.

—Mister Chaplin, ¿quisiera usted representar Hamlet?

—No sé. Nunca se me había ocurrido pen-

sarlo, pero si usted cree que hay razones que lo aconsejen...

El «Olimpia» soltaba ya amarros. Era —para aquella época— un barco enorme. La gente —desde cubierta y desde el muelle— iniciaba un último diálogo de pañuelos blancos. Los periodistas —todavía— disparaban sus preguntas.

—Mister Chaplin, ¿es usted comunista?

—No.

—Entonces, ¿por qué va usted a Europa?

Cuando Charles Spencer Chaplin cerró tras de sí la puerta de su camarote, las primeras olas rompieron con fuerza en la quilla del barco.

—No me gustan las fotografías. Las odio. A veces procuro que no se me note y me refugio detrás de lo que yo llamo «mi sonrisa profesional». Una sonrisa forzada, mecánica, para que el fotógrafo pueda, después, justificar su sueldo en el periódico. Pero esta vez iba a ser demasiado. Era mi primer viaje a Europa después del éxito y todas las publicaciones gráficas del mundo querían poseer los documentos de esta noticia. Charlie Chaplin saludando a la multitud, despidiéndose, de pie, sentado, bajando una escalera, subiendo a un ascensor, en la proa del barco, hablando con el capitán, mirando a una jovencita con expresión de fauno... ¡Hasta hubo un imbécil que quiso fotografiarme envián-

dole besitos a la Estatua de la Libertad...! A veces la gente piensa que los actores somos un poco de todo el mundo, que no debemos guardar para nosotros un resto de intimidad, que con el precio de la butaca para vernos, compran, de paso, nuestro secreto. Quizá por esto, América —la puritana América de la «ley seca»— no perdonó nunca mis fracasos amorosos. La «Asociación de Mujeres Americanas» fue —como un solo hombre— a chillarme a mí, al monstruo inmoral que mis enemigos se habían encargado de prefabricar. Y yo pienso que es lógico que estas cosas ocurran así. La sociedad no perdona a los que se enfrentan con ella, y le sacan la lengua o le vuelven la espalda o se burlan de sus prejuicios cuando son estúpidos o de sus sistemas cuando son injustos. Por eso yo iba a Europa, a buscarme a mí mismo, al primer Chaplin de mi niñez, el de los años de Kennington Road, cuando yo ya leía a Dickens y ya pasaba hambre. A eso iba a Europa, a lavarme la cara que Hollywood me había regalado, a perderme por Londres paseando, y a tumbarme, después, en la cama de un hotel, hasta que ya no me dolieran las mandíbulas de tanto sonreír a los fotógrafos.

El primero que entendió todo esto, fue H. G. Wells. Así que le envié una carta que decía:

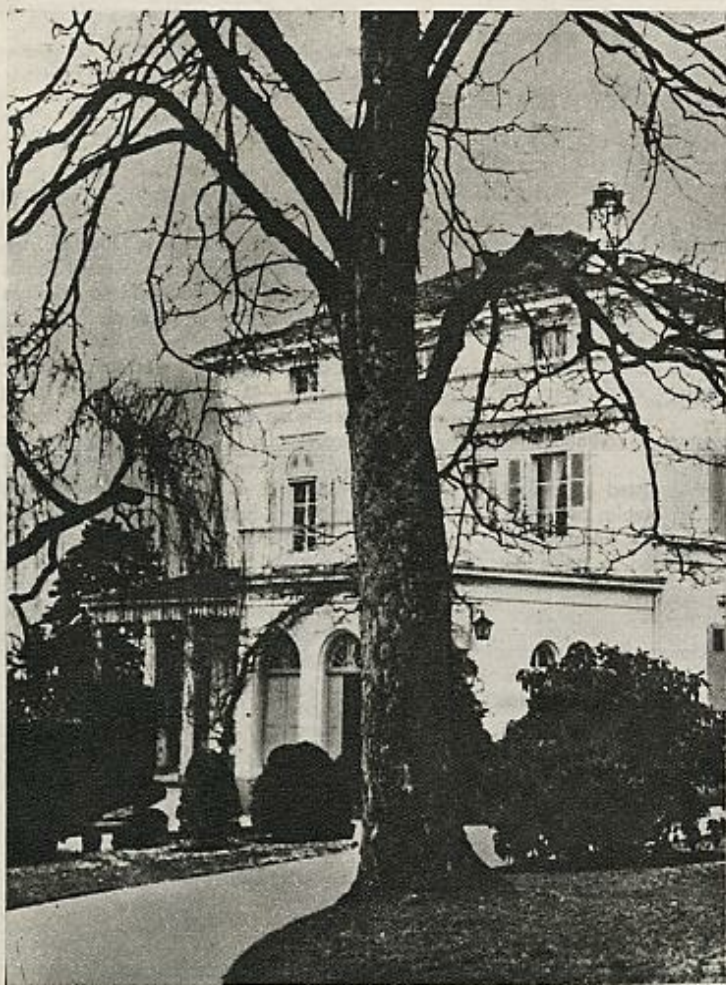
SIGUE



Paulette Goddard fue la intérprete de «Tiempos modernos» y «El dictador»



La Barry recibe la noticia de que ha ganado la causa seguida contra Charlot



La casa de Chaplin en Suiza



La casa de Chaplin en el Bulevard del Crepúsculo de Hollywood



Charlot y el policía



Chaplin y la princesa Margarita

«Déjelo todo y venga a verme. Le aseguro una buena cena sin periodistas. A partir de las siete y media estaré en casa. Le espero.

H. G. Wells.

Whitehall Court, Entrada 4.»

Estaba, por aquel entonces, Wells en el apogeo de su buena fama de escritor. Era todavía un hombre joven y tenía unos ojos muy vivos, chispeantes, de un azul oscuro, que llamaban en seguida la atención. Llevaba bigote y vestía siempre unos trajes grises impecablemente cortados.

Cuando Chaplin entró en la habitación, Wells se levantó despacio y fue a su encuentro. A las pocas horas, Chaplin se encontraba a gusto y había vencido su timidez.

Yo no sé si se ha dicho muchas veces que Chaplin era —y lo sigue siendo— un tímido. La gente se sonríe normalmente ante esta afirmación, sin acabar de entender cómo un hombre tímido puede ser capaz de hacer determinadas cosas. No me parece que esto sea un contrasentido. Un tímido no tiene por qué ser un cobarde. La historia la han escrito los tímidos. Y sólo los maleducados o los tontos, se atreven a enfrentarse con la vida sin timidez.

Bueno, pues Chaplin era un tímido. Y Wells también. A medianoche, luego de la cena, salieron a un balcón, desde donde se podía contemplar un bonito ángulo de Londres. Había una hermosa luna. Y la ciudad, a lo lejos, parecía como un ser humano, algo que tuviera corazón y cerebro y ganas de enamorarse y de sentir. Por eso Chaplin se apoyó en la barandilla y dijo:

—Qué luna tan indecente.

Wells, que estaba fumando, hizo una pequeña pausa y tragando el humo respondió:

—Eso está bien. ¿De dónde lo ha sacado?

Fueron de pronto la una y media y Wells tenía sueño. Cuando llegaron a la puerta de la casa para despedirse, Wells le ayudó a colocarse el abrigo.

—Veo que lleva usted bastón y sombrero de copa.

—Sí. Me gusta.

—¿Por qué?

—No sé. Creo que siempre he deseado ser un elegante. En el fondo, me gustaría convertirme en un hombre ordenado, escrupuloso, metódico... A veces no puedo con mi éxito. Es más fuerte que yo, me desborda. Hay días, incluso, que lo odio.

A H. G. Wells le brillaron los ojos un momento. Luego, abriendo la puerta, dijo:

—¿De quién huye usted, míster Chaplin?

Y en seguida, sin transición, como burlándose de lo que había dicho, cantó con una voz atiplada y ridícula: «Eres todo un gentleman, Charlie».

Luego, pasaron cosas. Pasaron, sobre todo, años. El viaje fue muy bonito y Chaplin escribió un libro sobre él. Londres y París se volcaron en el estreno de «El chico», donde aparecía un niño prodigio que se llamaba Jackie Coogan y que ahora —¡qué se le va a hacer!— es un señor muy gordo y muy calvo, la mar de antipático. Después, «Una mujer de París», «La quimera del oro», «El circo», «Luces de la ciudad», «Tiempos modernos»... Lita Grey, Paulette Goddard, el escandalazo de Joan Barry. Oona O'Neill... «Monsieur Verdoux», «Candilejas»... El último gesto de desaprobación de Eugene O'Neill, los siete hijos de su matrimonio con Oona y una preciosa casa en Vevey, a orillas del lago Lemán y a pocos kilómetros de Lausanne.

Y nada más. No hace mucho, un periodista italiano fue a hacerle una entrevista. Chaplin no quiso verle. Y un semanario de Roma, publicó estos titulares:

«¿Quién es Charlie Chaplin? ¿Egoísta? ¿Genial? ¿Avaro? ¿Sincero? ¿Mezquino?»

¡Bah! Ganas de querer epatar. Chaplin es un tímido que huye, y eso es todo. Con su talento a cuestas, como un caracol.

—¿De quién huye usted, míster Chaplin?

Cuando llegó a su hotel aquella noche seguía teniendo en sus oídos la voz aguda de Wells.

—¿De quién huye usted, míster Chaplin?

De Charlot. De su enemigo. De su criatura. Del ser que él ha engendrado y que le devora. Charles Spencer Chaplin huye de Charlot, de su bigotito, de su bastón inconsistente, de su sombrero hongo, de su sonrisa triste... Y por eso, cuando puede, Chaplin el millonario se afeita cuidadosamente y con su sombrero de copa y un bastón de puño de oro se lanza a buscar en Londres, en el elegante Londres de los grandes hoteles del año veintiuno, la alegre carcajada de los triunfadores. Sí, Chaplin huye de Charlot, como Cervantes huiría de Quijote si pudiera, y Shakespeare de Hamlet y Goethe de Fausto. Charles Spencer Chaplin tiene celos de Charlot. No lo puede remediar. No consigue disimularlo. Y está tan envidioso de su gloria que quiso asesinarlo con los venenos franceses de monsieur Verdoux, la sátira social del rey en Nueva York y el gesto melodramático del pobre payaso de «Candilejas». Pero no le valió. Ahí está Charlot en las pantallas del mundo, en los escaparates de las librerías, en las palabras de presentación de los Cine-Clubs, en el recuerdo de los hombres que hemos reído y llorado con él. Y por todo esto —por celos y por envidia— Chaplin va a intentar ahora su mayor audacia de tímido. Chaplin, que no pudo matar a Charlot, va a unirse de nuevo con él para otra aventura. Dice la más reciente noticia de los periódicos que Charles Spencer Chaplin va a empezar una nueva película —la última— volviendo a ser Charlot. Y yo no puedo evitar que se me llenen los ojos de lágrimas porque, ahora sí, seguro, Charles Spencer Chaplin va a matar a Charlot.